

Juventud, medio ambiente y crecimiento sostenible

Youth, environment and sustainable development

JUAN MARÍA GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA. PROFESOR EN EL CES DON BOSCO

Resumen

Los valores y comportamientos de los jóvenes en el terreno del medio ambiente son mucho más complejos de lo que se podría deducir de su supuesta condición de «avanzadilla» de los valores posmaterialistas. El presente artículo trata de ahondar en esta cuestión, mostrando las contradicciones existentes entre palabras y actos juveniles, entre declaración de principios y valores instrumentales, a fin, si bien no de echar por tierra una imagen mediática excesivamente complaciente y monocromática de la relación entre el joven español actual con el medioambiente, si por lo menos de enriquecerla con los matices necesarios para su correcta comprensión.

Palabras clave: juventud, medio ambiente, valores, actitudes, comportamientos.

Abstract

The values and behavior of youth in the environmental field are much more complex than anyone might assume from their alleged status of being the «vanguard» of post-materialist values. This article deals with the contradictions between words and how young people behave, considering statement of principles and instrumental values. By doing so we try to explain the relationship of Spanish youth with the environment, not from an excessively media-oriented point of view, but also considering a critical approach that allows enriching a proper understanding.

Key words: youth, environment, values, attitudes, behaviors.

1. INTRODUCCIÓN

¿Por qué se habla de problemática ambiental cuando en realidad tenemos que habérmolas con conflictos socioecológicos?

Jorge Riechmann (2004, p. 147).

El excepcional desarrollo económico que tiene lugar dentro de lo que comúnmente se conoce como sistema capitalista de producción, padre de la actual sociedad de consumo, surge y se extiende dando de lado al concepto de medio ambiente. «Hay que recordar», sugiere Nisbet, «que uno de los presupuestos básicos de la idea moderna de progreso es la fe en el carácter invariable de la naturaleza, en la que la naturaleza será mañana igual a como es hoy, y como fue ayer» (1981, p. 466). La economía capitalista, fundamentada ideológicamente en esta idea de progreso, se convierte, por lo tanto, en una *economía de cowboy*, basada en una supuesta abundancia tanto de recursos para la producción como de espacios libres para el vertido y la contaminación y en la que, como consecuencia, «los cálculos económicos normalizados tratan el consumo de los recursos renovables y no renovables (el *capital natural*) como si fueran ingresos y contribuciones al crecimiento» (George, 2000, p. 25).

Esta imagen de la naturaleza en relación con los sistemas humanos comenzó a sufrir una transformación radical fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XX tras la detección de problemas ecológicos globales y su relación con la actividad humana. A partir de este momento, los *desastres naturales* pierden su apariencia puntual y desligada tanto entre sí como de esta actividad y comienzan a ser vistos como una consecuencia sistemática a nivel planetario de los sistemas de producción y consumo. A partir de este momento, la metáfora de *economía de cowboy* comienza a desvanecerse frente a la de *economía de la nave espacial tierra*. La imagen de vastos territorios en los que si lo antiguo no funciona siempre se puede ir «un poco más al oeste», cede protagonismo a la imagen de una nave con un número determinado de tripulantes y pasajeros, con una provisión limitada de combustible, aire y alimentos... Un sistema de relaciones lineales que puede ser controlado si se estudian minuciosamente su estructura y las leyes que rigen su dinámica.

El término *irresponsabilidad organizada* fue acuñado por Ulrich Beck (1992) dentro del marco de su más amplia teoría de la sociedad del riesgo. La hipótesis central de ésta es que el desarrollo de las sociedades modernas las ha

empujado a una situación en la que los riesgos, de diversa naturaleza (económicos, sociales, ambientales, etc.), han terminado por colocarse fuera del alcance tanto de las instituciones como de los individuos, sumiendo a éstos últimos en un auténtico proceso kafkiano en el que «falla todo el canon de saber cotidiano. Los instrumentos de resistencia –los sentidos, la capacidad de juicio– han sido expropiados de la noche a la mañana (Beck, 1988, p. 111). Los riesgos de esta nueva sociedad no presentan las mismas características que en sociedades anteriores: en primer lugar no pueden ser delimitados espacial, temporal o socialmente ya que desbordan identidades como el estado-nación o la clase social. En segundo lugar, estos nuevos riesgos no pueden ser controlados ni erradicados por medios tecnológicos que se convierten, a su vez, en un *sistema complejo*, difícil en sí mismo de controlar y predecir. En este nuevo contexto, la idea de responsabilidad se desvanece, en tanto que comienzan a fallar las reglas establecidas de atribución causal de responsabilidad y culpa.

La idea de *irresponsabilidad organizada* obliga a revisar y ampliar el sentido de comunidad y de ciudadanía moral. Estos últimos conceptos han de adecuándose a una realidad global o, parafraseando el título de la obra de Singer, a idea de *un solo mundo* (2002, p. 24). El concepto de *conciencia ambiental* se trata, originalmente, de un marco analítico por el que se pretende conocer la intensidad y forma en que los ciudadanos se relacionan con el problema del medio ambiente. Dado el carácter multidimensional de las valoraciones y preocupaciones ambientales, el uso de este concepto parece oportuno precisamente por articularse en las dos dimensiones que serán exploradas en el presente artículo¹, que recogen tanto las acciones manifiestas como el grado de preocupación, las actitudes y los valores, elementos de fundamental importancia no solamente para realizar una simple radiografía de este fenómeno sino para analizar éste con mayor precisión, prever su futura evolución y, por lo tanto, poder enfrentar los resultados a las políticas vigentes. De esta forma puede detectarse la existencia de contradicciones, por otro lado habituales en este tipo de fenómenos (Inglehart, 1995, p. 59), entre pensamiento y acción o entre acción individual y colectiva, a fin de poder establecer líneas políticas más adecuadas.

¹ Las dimensiones «afectivo-cognitiva y nonativa», por un lado y por el otro, la de «consumo responsable y acción colectiva» están inspiradas en la exposición que de ellas hace para su utilización en temas ambientales Clemente J. Navarro Yáñez (1998, p. 69) y que más tarde serán usadas, entre otros, por el estudio *Actitudes y comportamientos hacia el medio ambiente en España* (Gómez Benito, Noya, Paniagua, 1999) cuyos datos y estructura servirán de apoyo a los resultados obtenidos en los estudios *Jóvenes Españoles 2005* y *Jóvenes Españoles 2010*.

2. DIMENSIÓN AFECTIVO-COGNITIVA Y CONATIVA

La dimensión afectivo-cognitiva, la más alejada del comportamiento concreto de los individuos, sirve para proporcionar un marco general en el que más tarde se detectarán los comportamientos relacionados con la toma de posición y la acción individual. La importancia de esta dimensión reside en su relación con los valores y, con menos intensidad, con una forma de predisposición básica para la actuación, por lo que otorga una visión del grado en que el *campo está abonado* para que surjan determinados comportamientos ya que, como subraya Oskamp, «conseguir una sociedad sostenible requiere tanto cambios básicos en el comportamiento individual como en nuestros valores básicos» (2000, p. 381).

La importancia dada al medio ambiente aparece como una pregunta ya tradicional en los estudios de opinión a la hora de establecer la dimensión afectiva. Aisladamente, sin compararla con la importancia otorgada a otros problemas, la preocupación ambiental de los españoles puede considerarse moderadamente alta. Ya en 1999 la puntuación media se situaba en 6,68 sobre 10, sin que pudiesen observarse diferencias significativas en función de las variables sociodemográficas (Gómez Benito, Noya y Paniagua, 1999, p. 32). En el 2010, según los datos del CIS (2010, p. 5), la media era de 3,8 sobre cinco puntos.

Este aparente alto grado de preocupación de desvanecerse, no obstante, al ser contrapuesto con otro tipo de preocupaciones. En este caso, el deterioro del medio ambiente solamente es citado, en 2001 (CIS, est. 2423), por el 2% de los entrevistados como uno de los tres problemas más importantes para ellos, figurando en el decimotercer lugar de una lista de veinticinco problemas. En el 2011 cae la valoración de la protección del medio ambiente como problema al que se enfrenta España, pese al incesante bombardeo mediático situándose en la cola de problemas importantes, al ser citado solamente por un 0,4% (CIS, est. 2888) pasando a ocupar el vigesimotercer puesto de una lista de treinta y uno. Se puede seguir concluyendo, como ya lo hicieron los autores del informe del 99, que «los ciudadanos muestran un sensibilidad ambiental moderadamente alta cuando ello no afecta o compromete a otros ámbitos de la vida cotidiana considerados más importantes o urgentes» (Gómez Benito, Noya y Paniagua, 1999, p. 36).

¿Y los jóvenes en concreto? El análisis de los anteriores autores para la población general revela que las personas jóvenes tienen una mayor orientación ambiental que los mayores, siendo ésta una *variable sombra* del nivel de estu-

dios, al encontrarse el pico de preocupación entre los jóvenes más adultos, de 25 a 34. Los datos obtenidos en el último estudio de la Fundación SM «Jóvenes Españoles 2010» (González-Anleo y González-Blasco, 2010), ponen de manifiesto una progresiva despreocupación juvenil por el deterioro del medio ambiente. Atendiendo en primer lugar a las creencias medioambientales y los valores, la lectura de los datos recogidos en la tabla 1 refleja un importante retroceso de la concienciación ambiental de los jóvenes desde el Informe del 2005 hasta el último del 2010, como indica el significativo aumento de quienes consideran que «se está exagerando mucho» la crisis ecológica, cuyo porcentaje asciende de un 31 a un 46% en solo cinco años. Este dato, por sí solo, no dice mucho sobre el retroceso de la concienciación ecológica, pero es ya suficientemente importante para enmarcar el resto de cuestiones que abordaremos más adelante. Dos posibles interpretaciones no excluyentes: por un lado, tomado de forma literal, indicaría que los jóvenes consideran que el problema ambiental no es tan grave (y, en consecuencia, tan importante) como lo pinta la gran mayoría de los integrantes de la comunidad científica internacional, Administraciones, ONG, grupos ecologistas, etc. Pero, por otro lado, también es posible que lo que consideran los jóvenes «exagerado» no sea tanto la evaluación de la situación medioambiental, como la resonancia que ha adquirido este tema en los últimos años, juzgada desmesurada, así como el ininterrumpido bombardeo institucional y mediático. Se lean estos datos desde una u otra perspectiva, en ambos casos pueden interpretarse como una clara advertencia a todos aquellos cuyo objetivo sea la concienciación ambiental: «empezamos a estar cansados del tema», parecen estar diciendo los jóvenes. Cabe preguntarse, si se intenta establecer una relación causal entre ambas lecturas: tanta información, tanto debate, tanto uso y abuso político y, quizás aún más grave, comercial del tema medioambiental ¿no estarán insensibilizando a los jóvenes? Por lo que respecta a sus creencias sobre el medio ambiente, la respuesta a esta pregunta parece estar bastante clara (ibídem):

- Aún sigue estando ampliamente extendida entre los jóvenes la idea de que «las plantas y los animales tienen tanto derecho a existir como los seres humanos», la proporción de quienes que se declaran «totalmente de acuerdo» con ella se ve mermada en un 12%, descendiendo por debajo ya del 50%.
- Disminuye también, aunque en menor medida, la proporción de quienes se muestran totalmente de acuerdo con la frase «estamos aproximándo-

nos al límite de personas que la Tierra puede mantener», que pasa de un 15 a un 11%. Tanto en el anterior caso como en este, como puede apreciarse en la tabla 1, los valores totales se mantienen exactamente igual que en el año 2005, en 80 y 48% respectivamente, pero la disminución de los que muestran su completo acuerdo permite prever hasta cierto punto, una tendencia futura al paulatino abandono de estas dos creencias clave.

- En perfecta sintonía con los datos anteriores, puede apreciarse un aumento considerable del porcentaje de jóvenes que considera que el equilibrio de la naturaleza es lo bastante fuerte para resistir tanto el impacto de los países desarrollados como de los que están desarrollándose, que pasa de un 25 a un 42%.

Tabla 1. Medio ambiente y desarrollo sostenible (%).

Fuente: González-Anleo, J. y González-Blasco, P. (2010). *Jóvenes españoles 2010* (p. 33).

	2005		2010	
	Totalmente de acuerdo	Totalmente + de acuerdo	Totalmente de acuerdo	Totalmente + de acuerdo
La llamada crisis ecológica de la humanidad se está exagerando mucho	8	31	11	46
Las plantas y los animales tienen tanto derecho a existir como los seres humanos	60	88	48	88
Estamos aproximándonos al límite de personas que la Tierra puede mantener	15	48	11	48
El equilibrio de la naturaleza es lo bastante fuerte para resistir tanto el impacto de los países desarrollados como de los que están desarrollándose	7	25	9	42
La protección del medio ambiente ha de ser prioritaria en la política, incluso si esto provoca un crecimiento económico más lento y alguna pérdida de puestos de trabajo	32	71	32	82
La inventiva humana (ciencia y tecnología) asegurará que no convirtamos la Tierra en inhabitable	9	38	10	52
Mi estilo de vida (consumo, formas de ocio, etc.) como ciudadano de un país desarrollado es importante para la cohesión del planeta	34	75	34	82

Ahora bien, ¿significarían estos datos necesariamente un abandono del compromiso ecológico por parte de los jóvenes? Esta cuestión no admite una respuesta sencilla. En claro contraste con el aparente retroceso de la concienciación con los problemas medioambientales, la proporción de jóvenes que afirman considerar prioritaria la protección política del medio ambiente «incluso si esto provoca un crecimiento económico más lento y alguna pérdida de puestos de trabajo» ha aumentado sensiblemente desde el Informe del 2005, del 71 al 80%, proporción que parece desorbitadamente alta, incluso concediendo a los jóvenes el beneficio de la duda que merecerían como abanderados de la mentalidad posmaterialista propuesta por Inglehard (1995) y Díez Nicolás (1995). Aunque resulte paradójico, estos datos parecen indicar que, a pesar del debilitamiento de las ideas propicias a una actitud más favorable a intensificar los esfuerzos de conservación medioambiental, esta actitud, de hecho, se da entre los jóvenes, y cada vez con mayor intensidad. No es, quizás, muy coherente, pero ¿es verosímil? ¿Porqué tendría que ser prioritario el problema ecológico, incluso a costa del crecimiento económico y la creación de puestos de trabajo (los de los propios jóvenes, con toda probabilidad) si el equilibrio de la Naturaleza es lo bastante fuerte para resistir el impacto humano y las plantas y los animales empiezan de nuevo a ser vistos como meros recursos para las necesidades de unos y los caprichos consumistas de otros?². Lo más probable es que nos encontremos aquí ante un fenómeno similar al que producía tanta diferencia entre la población general a la hora de valorar el problema del medio ambiente de forma aislada o en relación con otros problemas.

Quizás una primera pista para la solución de esta paradoja nos la proporcione el considerable aumento de jóvenes que consideran que «la inventiva humana (ciencia y tecnología) asegurará que no convirtamos la tierra en inhabitable». Mientras en el *Informe del 2005* de la Fundación SM solamente un 38% de los jóvenes concedía credibilidad a la solución tecnológica de los problemas medioambientales, en el último Informe esta opción parece haber convencido ya a más de la mitad de los jóvenes, el 52%. La *fe* en la ciencia ha

² Hay que tener en cuenta aquí la importancia del nexo entre «miedo medioambiental» y la implicación personal con los problemas ecológicos. «El miedo medioambiental», subrayada José Manuel Echevarren, «puede provocar una moralidad de las últimas consecuencias, un ahora o nunca, haciendo que las personas con mayor miedo ambiental, es decir, con una fuerte convicción de que el Medio Ambiente se encuentra amenazado, desarrollen en mayor medida conductas proambientales» (2010, pp. 52 y 58).

sido capaz de suplir, en una posmodernidad cada vez más alejada de los dogmas y ritos religiosos tradicionales, gran parte de las funciones sociales de éstos, siendo cada vez más los que buscan en aquella la omnipotencia salvadora perdida, un Padre, Madre en este caso, preocupada, generosa y atenta. Frente a la creciente inseguridad planteada por la actual situación medioambiental que, no está de más recordarlo, la mayoría de los propios científicos juzgan prácticamente desesperada, la incierta posibilidad de un *Deus ex machina* científico y tecnológico consigue tranquilizar a un número creciente de sus *fieles*, ofreciendo una respuesta a las anteriores cuestiones planteadas a los jóvenes: aunque se consuma cada vez más tanto en los países desarrollados como en los países en vía de desarrollo, la ciencia y la tecnología permitirán multiplicar los panes y los peces, dando de comer a los más hambrientos y a los más glotones, e impidiendo, a su vez, la extinción de las especies.

Ahora bien ¿se traduce entre los jóvenes el fortalecimiento en la fe en esta capacidad salvadora de la ciencia en una despreocupación por los problemas medioambientales y en un paulatino olvido de sus responsabilidades frente a ellos? A la vista de los datos proporcionados por el Eurobarómetro, la respuesta es claramente negativa: a la hora de elegir la mejor solución para combatir el efecto invernadero y el calentamiento global, una amplia mayoría de jóvenes europeos, el 57% (58% de jóvenes españoles), considera prioritario «un cambio fundamental en nuestra forma de vida», mientras que solamente un 25% opta por las «regulaciones estatales a nivel global», relegando la solución «tecnológica» al último puesto, con un 15% de partidarios. Por lo tanto, aunque se esté extendiendo la idea de que la ciencia y la tecnología «asegurarán que no convirtamos la tierra en inhabitable», y aunque tal idea pueda estar afectando a las creencias fundamentales sobre los límites de la naturaleza, la solución tecnológica no es vista por los jóvenes, por lo menos *no por el momento*³, como una solución tan fiable como para abandonarse tranquilamente en sus manos y esperar.

³ A la vista de los últimos datos del CIS (2010) se hace conveniente, como poco, ser reacios a un excesivo optimismo en esta cuestión, llegando la proporción de jóvenes que hacen suya la afirmación «La ciencia moderna solucionará nuestros problemas medioambientales sin que se produzcan grandes cambios en nuestro estilo de vida» hasta el 33,7%, superando el 29,2% de la población total, no a demasiada distancia, asimismo, del porcentaje de los que se muestran en contra, el 34,5% (40,8% de la población total).

Tabla 2. Soluciones frente al efecto invernadero y el calentamiento global (%).
Fuente: European Commission (2008). *Young people and science* (Flash Eurobarometer 239).

	Jóvenes españoles	Jóvenes europeos (media)
Un cambio fundamental en nuestra forma de vida	58	57
Regulaciones estatales a nivel global	26	25
Avances en tecnología	11	15

3. CONSUMO RESPONSABLE⁴ Y ACCIÓN COLECTIVA

El tema del consumo responsable gana un papel protagonista a escala internacional por primera vez en la Cumbre de la Tierra celebrada en Río de Janeiro de 1992. El mérito de esta cumbre no radica tanto en ser el primer escenario a escala planetaria en la que se vinculan desarrollo y consumo sino en que «desde entonces, las cuestiones de consumo y producción han sido tratadas como dos caras de la misma moneda en el mundo de la política internacional» (French, 2004, p. 150). No obstante, pese a este protagonismo adquirido por el tema del consumo, éste sigue siendo, tal y como se acusa en la introducción que en el 2004 se hace al Informe del Worldwatch Institute dedicado íntegramente al tema, «uno de los elementos de mayor relevancia y, al mismo tiempo, más desatendidos en la búsqueda global de un futuro sostenible» (Worldwatch Institute, 2004, p. 15).

El consumo responsable, en consecuencia, ha de ser enmarcado dentro de una nueva ética de responsabilidad global⁵. El primer problema para hacerlo se encuentra, en palabras de Bright, en que:

4 La esfera medioambiental, sobre la que se desarrollará nuestro análisis, es solamente una de las tres áreas o facetas que abarca el término *consumo responsable*. Para un examen exhaustivo de éste se tendrían que analizar los aspectos relacionados con la explotación comercial Norte-Sur, así como aquellos relacionados con la salud de los consumidores (Lucena Bonny, 2002).

5 La utilización hecha en este contexto del término responsabilidad ha de ser entendido, especialmente dentro del contexto del consumo responsable, en contraposición con el término

«las evaluaciones de los daños ecológicos suelen sonar como algo muy lejano dado que su relación con la vida cotidiana parece muy distante... las economías a escala tienden a distanciar sus efectos perversos del comportamiento que ha provocado esos efectos. Pocas veces vemos los residuos tóxicos, la degradación de los suelos, las minas y las talas a matarrasa que sustentan nuestras pautas de consumo» (2003, p. 39).

A este problema hay que añadir, además, el de la incapacidad de los consumidores para verse a sí mismos como sujetos desde esta perspectiva. Si bien la teoría del consumo asegura que éste es uno de los elementos de la vida cotidiana que con más fuerza crea identidades en las sociedades consumistas, en contraposición a la religión, la profesión o la clase social, estas identidades *consumistas* poco tienen que ver con una identidad colectiva alimentada por la actividad común (consumo), sino con identidades *micro*, construidas por el juego de las diferencias magistralmente analizado por Jean Baudrillard (1970, p. 125): «...el objeto de consumo distingue...: si bien no aísla, diferencia, *asigna colectivamente* a los consumidores a un código, sin suscitar por ello (al contrario) *solidaridad colectiva*». Es significativo, a este respecto, que pese a que no exista ningún indicio que indique que tal forma de identidad colectiva como consumidores haya cristalizado entre los jóvenes, sí se ha popularizado una fuerte imagen de sí mismos como consumistas⁶.

Profundicemos, por lo tanto, en la opción elegida por los jóvenes de un «cambio fundamental en nuestra forma de vida». Según los datos reflejados en *Jóvenes Españoles 2010*, un 82% de los jóvenes, un 7% más que en el anterior Informe del 2005, reconoce que su «estilo de vida como ciudadano de un país desarrollado es importante para la conservación del planeta». Asimismo, como puede observarse en el gráfico 1, en este mismo periodo de tiempo asciende el

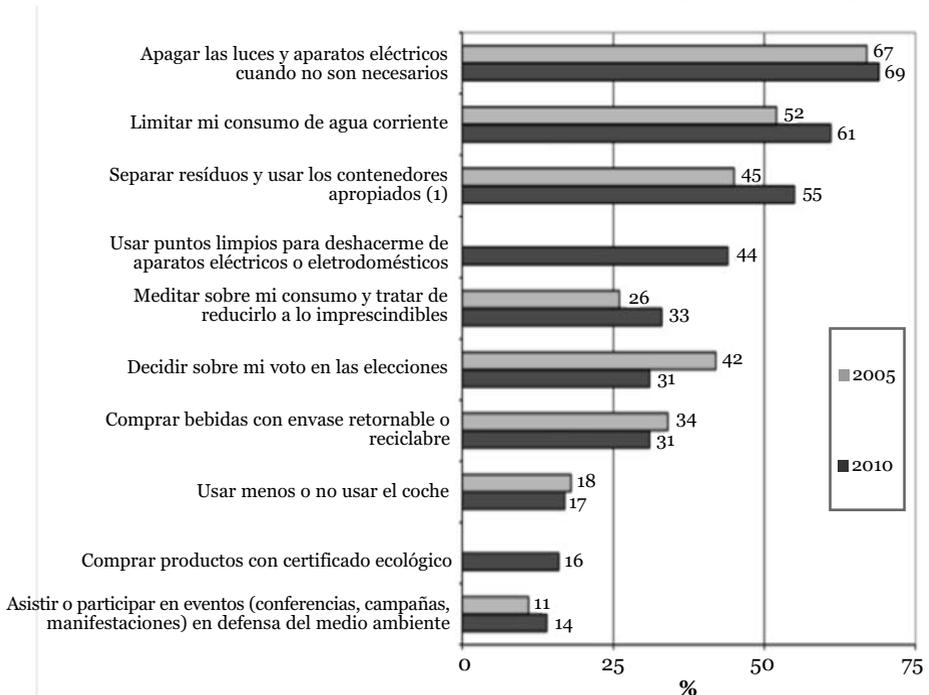
culpa. La distinción entre ambos conceptos no responde tanto a una matización sobre el grado de implicación sino, como propone D. Goulet, a una cuestión de acción: la responsabilidad mira al presente y al futuro y presupone libertad, es decir, la posibilidad de responder a una exigencia que se percibe y se acepta. La responsabilidad está fundada en la creencia de que los actores humanos no están siempre sometidos a determinismos absolutos, sino más bien que pueden responder a la llamada de los fines que perciben que humanamente merecen la pena. Precisamente porque somos humanos, somos *responsables* de crear condiciones que mejoren la humanización de la vida. La culpa, por el contrario, es el peso negativo de faltas o de injusticias pasadas. La culpa es algo pasivo y recriminador, no es activa y creadora.

⁶ Ya desde el informe *Jóvenes Españoles 1999*, los jóvenes privilegian el consumismo a la hora de identificar su propia generación. En el 2010, el 47% eligen esta opción como característica esencial de la juventud, antes incluso que *rebeldes* (45%), su *alter ego* por excelencia desde los años 60 (González-Anleo, 2010, p. 102).

porcentaje de quienes afirman haber meditado sobre su consumo y «tratar de reducirlo a lo imprescindible», que pasa de un 26 a un 33%. Ahora bien ¿en qué otro tipo de conductas se plasma esta toma de conciencia? Como podemos ver en el mismo gráfico, la evolución de los comportamientos ecológicamente responsables varía notablemente según el tipo de comportamiento:

- Avanzan con respecto al Informe del 2005 los únicos tres comportamientos que consiguen superar el 50%: «apagar las luces y aparatos eléctricos cuando no son necesarios» (69%), «limitar mi consumo de agua corriente» (61%) y «separar residuos y usar los contenedores apropiados» (55%). También avanza, como ya hemos señalado, «meditar sobre mi consumo y tratar de reducirlo a lo imprescindible», lo que afirma hacer un 7% más que en el 2005, el 33% concretamente, así como «asistir o participar en eventos en defensa del medio ambiente» (14%).
- Retroceden, por el contrario, otros comportamientos que ya eran minoritarios en el 2005: «decidir mi voto en las elecciones» (31%), «comprar bebidas con envase retornable o reciclable» (31%) y «usar menos o no usar el coche» (17%).

Gráfico 1. Comportamientos personales para asegurar un futuro sostenible.
Fuente: González-Anleo, J. y González-Blasco, P. (2010). *Jóvenes españoles 2010* (p. 36).



Tanto la evolución como la distribución de estos comportamientos indican claramente una implicación bastante modesta por parte de los jóvenes con el desarrollo sostenible, una conciencia de «responsabilidad compartida» bastante débil. Los únicos tres comportamientos que afirma realizar más del 50% de jóvenes difícilmente pueden considerarse como acciones comprometidas que reflejen una auténtica reflexión y, mucho menos, como auténtico compromiso con el medio ambiente. Son, más bien, el *abc* de cualquiera de las múltiples campañas de concienciación ambiental, las acciones que, sin dejar de ser importantes por ello, menos esfuerzo, tiempo e implicación personal requieren. Otros comportamientos que, por el contrario, exigen un mayor grado de profundización en el problema medioambiental, un cierto sacrificio personal o una modificación de ese estilo de vida al que cada vez más jóvenes otorgan importancia «para la conservación del planeta», quedan relegados, todos ellos, a un segundo plano⁷.

En la sociedad de consumo, no conviene olvidarlo, existe una diferencia *quintaesencial* entre reciclaje y austeridad. En el caso del primero, el consumidor posee un cheque en blanco para consumir lo que le plazca y cuanto le plazca. «La reducción del consumo», explica Ernest García, «se considera políticamente impracticable, pues se supone que ni las empresas ni las poblaciones la aceptarían como una forma de desarrollo. Así pues, las líneas que aparecen como más viables son las que se centran en un uso más eficiente de los recursos» (2004, p. 203). En este caso, la *incógnita* ambiental queda sin más despejada de la ecuación consumista que sostiene los actuales modelos de vida en nuestras sociedades. La opción de la austeridad, por el contrario, coloca el problema ambiental justo en el centro de la ecuación, poniendo en duda todo el sistema, lo que explica el velo que recubre estos temas. La combinación de

⁷ Además de los datos ofrecidos por la Fundación SM, bastantes otras fuentes constatan varias de estas observaciones. Por ejemplo, solamente un 2,2% de los jóvenes se considera «muy interesados» por el medio ambiente, «poco» o «nada» el 61,7% (CIS, 2007) y a la hora de ser preguntados por su conocimiento del impacto ambiental de diferentes productos de consumo, los españoles quedan en los últimos puestos entre los europeos: el 55% reconoce saber «poco» o «nada» (European Commission, 2009), igual que se sitúan a la cola, en el penúltimo puesto (60% frente a la media europea del 72%), en su predisposición a comprar productos respetuosos con el medio ambiente si estos cuestan «un poco más» (European Commission, 2011). Otro ejemplo más, en relación con la disminución de la proporción de jóvenes que han tomado la decisión de no usar o usar menos el coche por razones ambientales: a la hora de identificar los riesgos para la salud asociados a la polución, el 89% atribuye un «riesgo muy alto» o «significativo» a la utilización del coche, por encima, irónicamente, de la media de jóvenes europeos (European Commission, 2008).

ambas dimensiones, el escaso apoyo e información institucional-mediático y el escaso compromiso personal, conduce a lo que se ha señalado desde numerosos organismos de protección del medio ambiente como una identificación de conceptos muy peligrosos: la asociación del poder como consumidores únicamente con la opción del reciclaje. Fuera de esta relación quedan prácticas de gran importancia, reconocida incluso por los propios ciudadanos⁸. Se hace evidente, como subraya la propia ONU en relación a la educación ambiental, que ésta tiene frente a sí un enemigo contra el que es muy difícil luchar: la propia sociedad consumista. En el mismo periodo en el que gobiernos y organizaciones no gubernamentales han sacado adelante cada vez más proyectos de educación ambiental, la sociedad de consumo se ha hecho más y más fuerte, pudiéndose hablar de una auténtica *guerra* entre los esfuerzos de aquellos y el consolidado poder de ésta. En estas circunstancias es difícil imaginarse, tal y como señala el propio Informe, un cambio de las mentalidades y de los estilos de vida predominantes de los jóvenes, por lo menos en un futuro próximo (ONU, 2005, p. 139).

A la vista de los últimos datos analizados sobre comportamientos ecológicamente responsables, empieza a hacerse más que evidente que la *fe* en la tecnología no puede explicar, por sí sola, la paradoja entre el abandono de creencias sobre los derechos y los límites de la Naturaleza y el aparente entusiasmo juvenil por dedicar mayores esfuerzos económicos a la conservación medioambiental. Teniendo en cuenta la debilidad de las acciones comprometidas de los jóvenes en este terreno, ha llegado el momento de preguntarse ¿es real este entusiasmo? Quizás lo sea, pero, probablemente, no como reflejo de la implicación personal, sino más bien de lo contrario, como un impulso generalizado a desembarazarse de la responsabilidad medioambiental, a desplazarla, como se hace con tantos otros problemas, al Estado.

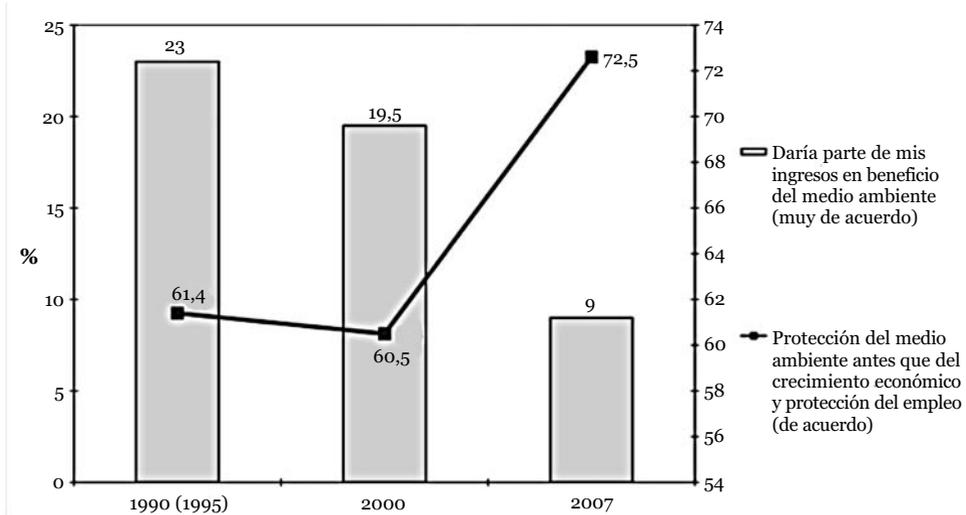
Este mismo fenómeno pudo ya constatarse, para el conjunto de la población joven europea, en el análisis de los datos de la última Encuesta Europea de Valores de finales de la década de los noventa. Frente a una gran

⁸ Un buen ejemplo en este sentido es el de la utilización del coche, al ser identificada por el 54% de los españoles la contaminación atmosférica producida por éstos como «muy peligrosa» y, de las 24 cuestiones propuestas como problemas más importantes a identificar por los encuestados, el excesivo número de vehículos como el cuarto problema ambiental más importante de España y el tercero de la localidad concreta del encuestado (CIS, 2010, 2007).

mayoría de jóvenes que apoyaba una acción política urgente y la necesidad de dar prioridad política a la protección del medio ambiente, a la hora de ser preguntados por lo que ellos mismos sacrificarían (dinero en productos, impuestos, etc.), de nuevo la gran mayoría «desertaba» (Bozonnet, 2005). En el caso de los jóvenes españoles de 15 a 29 años, esta deserción puede observarse con claridad en el gráfico 2, en el que se recoge la evolución histórica de los datos de la *Encuesta Mundial de Valores (WVS)* desde principios de los años noventa. Asimismo, en el estudio *Los jóvenes españoles ante la energía y el medio ambiente*, al ser preguntados por su disposición a pagar algo más por las energías renovables, la mayoría de los jóvenes (en este caso de 16 a 35 años) «solo está dispuesta a renuncias menores»: un 28,1% no estarían dispuestos a hacer ningún sacrificio en este sentido, un 38,7% estaría dispuesto a pagar un 5% más, un 24,7% hasta un 10% más y un 5% hasta un 15% más. «Por lo tanto» concluyen los autores del informe, «no parece que están dispuestos a renunciar a mucho, sobre todo si tenemos en cuenta que cotidianamente nos enfrentamos a aumentos de precios de productos energéticos (la gasolina, por ejemplo) cercanos o superiores al 15% sin que cambie nada nuestro estilo de vida» (Pérez-Díaz y Rodríguez, 2005, p. 12).

Gráfico 2. Protección del medio ambiente y disposición a dar parte de los propios ingresos en su beneficio. Jóvenes españoles 15-29.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por WVS para diferentes años.



4. CONCLUSIÓN: CONTRADICCIONES Y CINISMO JUVENIL

La relación de los jóvenes con el medio ambiente se muestra mucho más compleja de lo que en un primer momento podría deducirse de la teoría del cambio de valores de Ronald Inglehart y Juan Díez Nicolás. Según esta teoría, y de acuerdo concretamente con los propios análisis de estos dos autores sobre la problemática medioambiental, los jóvenes, abanderados de los valores posmaterialistas, mostrarían una clara predilección, en comparación con el resto de grupos de edad, por la conservación del medio ambiente frente a otros valores de corte materialista como, por ejemplo, el crecimiento económico o la lucha contra el paro. De la mano de los datos ofrecidos por los dos últimos informes de la Fundación SM, así como por los del CIS o los del Eurobarómetro, se constata que, efectivamente, en los últimos cinco años la proporción de jóvenes que afirma apoyar este tipo de medidas de protección medioambiental aun a costa del crecimiento económico del país o de una merma de puestos de trabajo, ha aumentado, sin que por ello pueda afirmarse, primera contradicción, ni que haya aumentado entre ellos la concienciación ecológica ni, aún menos, su compromiso activo con el consumo responsable.

Se ha constatado, por el contrario, que el *miedo medioambiental* ha disminuido considerablemente entre los jóvenes, siendo cada vez mayor la proporción de ellos que considera que se está exagerando mucho la crisis ecológica y que el equilibrio de la naturaleza es lo bastante fuerte como para resistir el impacto tanto de los países desarrollados como los países en vías de desarrollo, disminuyendo, al mismo tiempo, la proporción de los que consideran que las plantas y los animales tienen tanto derecho a existir como los seres humanos o que estamos aproximándonos al límite de personas que la tierra puede mantener.

Una contradicción similar a la anterior puede detectarse también entre quienes afirman decantarse por una solución a los problemas medioambientales que pase por un cambio en su forma de vida, frente a la opción tecnológica, afirmando además haber meditado sobre su impacto sobre el medio ambiente, y los comportamientos reales. Los únicos tres comportamientos ecológicamente responsables que afirma realizar más de la mitad de jóvenes, apagar las luces y aparatos eléctricos, limitar su consumo de agua corriente y separar residuos al tiempo que se usan los contenedores apropiados (esto último apenas realizado por algo más de la mitad de ellos) difícilmente pueden

considerarse como acciones comprometidas que reflejen una reflexión auténtica y, aún menos, como un compromiso auténtico con el medio, quedando relegados a un segundo plano otros comportamientos, como comprar bebidas con envase retornable o productos con certificado ecológico, usar menos el coche por razones medioambientales o decidir su voto en las elecciones (algunos de los cuales incluso en retroceso en los últimos años) que exigen un mayor grado de información y un sacrificio de su estilo de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, J. (1970). *La sociedad de consumo, sus mitos, sus estructuras*. Madrid: Plaza y Janés.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1988). *Políticas ecológicas en la edad del riesgo. Antídotos. La irresponsabilidad organizada*. Barcelona: El Roure.
- Beck, U. (1992). *Risk Society: Towards a New Modernity*. London: Sage.
- Bozonnet, J.P. (2005). L'écologisme en Europe: les jeunes désertent. En O. Galland y B. Roudet (dir.), *Les jeunes Européens et leurs valeurs, Europe occidentale, Europe centrale et orientale* (pp. 147-177). Paris: La Découverte.
- Bright, C. (2003). La historia de nuestro futuro. En Worldwatch Institute, *State of the World 2003* (pp. 31-48). New York: Norton & Company.
- CIS (2007). *Ecología y Medio Ambiente III* (estudio 2682, marzo de 2007). Madrid: CIS.
- CIS (2010). *Medio Ambiente II (International social survey programme)* (estudio 2837, mayo-julio 2010). Madrid: CIS.
- Díez Nicolas, J. (1995). Postmaterialism and the Social Ecosystem. En B. Setter-Liver (ed.), *Culture within nature* (pp. 179-189). Basilea: Wiese Publishing.
- Echevarren, J.M. (2010). Bajo el signo del miedo ecológico global: la imbricación de lo sagrado en la conciencia ecológica europea. *REIS*, 130, 41-60.
- European Commission (2008). *Young people and science* (Flash Eurobarometer 239). Recuperado de http://ec.europa.eu/public_opinion/flash/fl_239_en.pdf [Consulta: 15/02/2012].
- European Commission (2009). *Europeans' attitudes towards the issue of sustainable consumption and production* (Flash Eurobarometer 256). Recuperado de http://ec.europa.eu/public_opinion/flash/fl_256_en.pdf [Consulta: 15/02/2012].
- European Commission (2011). *Attitudes of European citizens towards the environment* (Special Eurobarometer 365). Recuperado de http://ec.europa.eu/environment/pdf/EB_summary_EB752.pdf [Consulta: 15/02/2012].

- French, H. (2004). Linking globalisation, consumption, and governance. En Worldwatch Institute, *State of the World 2004, The Consumer Society* (pp. 144-161). New York: W.W. Norton & Company.
- Fundación SM. (2005). *Jóvenes españoles 2005*. Madrid: Fundación SM.
- García, E. (2004). *Medio ambiente y sociedad. La civilización industrial y los límites del planeta*. Madrid: Alianza Ensayo.
- George, S. (2000). *Informe Lugano*. Barcelona: Encuentro Icaria.
- Gómez Benito, C., Noya, F.J. y Paniagua, A. (1999). Actitudes y comportamientos hacia el medio ambiente en España. *Opiniones y Actitudes*, 25. Madrid: CIS.
- González-Anleo, J. y González-Blasco, P. (2010). *Jóvenes españoles 2010*. Madrid: Fundación SM.
- González-Anleo, J. M. (2010). Los valores de los jóvenes y su integración socio-política. En J. González-Anleo y P. González-Blasco, *Jóvenes españoles 2010* (pp. 9-115). Madrid: Fundación SM.
- Inglehart, R. (1995). Public Support for environmental Protection: objective problems and subjective values in 43 societies. *Political Science & Politics*, 1 (28), 57-73.
- Lucena Bonny, A. (2002). *Consumo responsable*. Madrid: Talasa.
- Navarro Yáñez, C. (1998). Conciencia ambiental y perfil social de ambientalismo. Una cuestión de competencia política. *Revista Internacional de Sociología*, 19-20, 69-101. Madrid: CSIC.
- Nisbet, R. (1981). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- ONU (2005). *World Youth Report 2005, Young People Today and in 2015*. Recuperado de <http://www.un.org/esa/socdev/unyin/documents/wyro5part2.pdf> [Consulta: 29/12/11].
- Oscamp, S. (2000). Psychological Contributions to achieving an ecologically sustainable future for humanity. *Journal of Social Issues*, 3 (56), 373-390.
- Pérez-Díaz, V. y Rodríguez, J.C. (2005). *Los jóvenes españoles ante la energía y el medio ambiente. Buena voluntad y frágiles premisas*. Madrid: Fundación Gas Natural.
- Riechmann, J. (2004). *Gente que no quiere viajar a Marte. Ensayos sobre ecología, ética y autolimitación*. Madrid: Catarata.
- Singer, P. (2002). *Un solo mundo. La ética de la globalización*. Barcelona: Paidós Estado y Sociedad.
- Worldwatch Institute (2004). *State of the World, The consumer society*. New York: W. Norton & Company.

